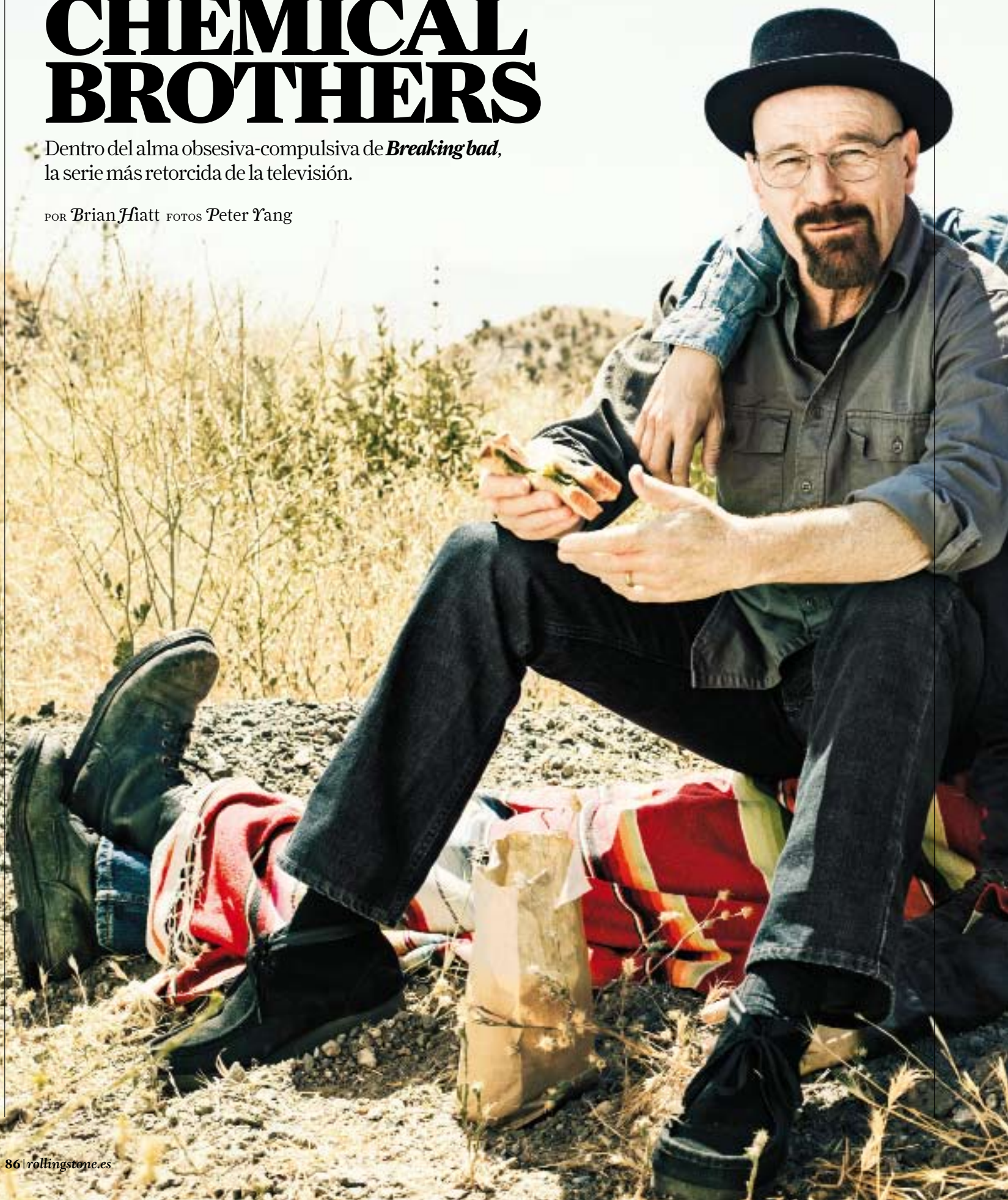


# CHEMICAL BROTHERS

Dentro del alma obsesiva-compulsiva de *Breaking bad*, la serie más retorcida de la televisión.

por Brian Hiatt fotos Peter Yang





**Walter White me está mirando.** No le gusta lo que ve. Falta poco para la medianoche, y estamos cara a cara en las polvorientas sombras de un parking de Albuquerque, Nuevo México, entre filas de tráilers blancos. “¿Eres un gallina?”, pregunta, con su recién afeitada calva brillando bajo la luz de una farola lejana. “¿Eres un ratoncillo asustado?”. No es Walter, es su alter ego, el señor de la metanfetamina Heisenberg, y en sus despiadados ojos azules soy débil, humano y también un obstáculo en su camino: podría ser Jesse Pinkman.



*Manos a la obra* Jesse (Paul) y Walter (Cranston) se encierran en el laboratorio para cocinar un poco de metanfetamina en la temporada cinco.

El momento pasa, y sonrío bajo su siniestra perilla. Sus ojos se descongelan. El hechizo se rompe. Sólo es Bryan Cranston, un entrañable actor de 56 años que acaba otra jornada de 13 horas de rodaje interpretando lo que denomina como “el papel de mi vida”, el que le ha hecho ganar tres Emmy, y contando. Salió hace unos minutos de uno de los tráilers, donde se cambió los poco estilizados chinos de Walter, su camisa y sus zapatos Clarks Wallabee por sus propios vaqueros ajustados, zapatillas de bota y polo.

Vamos a un bar a menos de dos kilómetros de aquí, y está tratando de convencerme de que monte sin casco en su Vespa plateada estilo *Quadrophenia* (un regalo de los productores de la serie).

En el proceso, percibo el poder persuasivo de Walter White. “Está teniendo sus efectos”, dice, en su calmado barítono actoral. “Ya sabes, está muy bien

ver cómo puedes intimidar simplemente bajando el volumen de tu voz y echando una mirada. Y la mayoría de la gente se acojona”.

*Breaking bad* es, en esencia, una historia de transformación: nunca se ha visto en la televisión un cambio como el de Walter White a lo largo de los 62 episodios de la serie. Más que un arco de personaje [la evolución de un personaje desde que

empieza una historia a que acaba], es como un salto desde el hueco de un ascensor. Como dice Vince Gilligan, creador de la serie, Walt ha pasado de ser Mr. Chips [el tímido y pringado personaje de una novela de James Hilton] a Scarface: de un sumiso y derrotado profesor de química de instituto a un atroc criminal. En la temporada pasada fue tan lejos como

para envenenar a un niño. “Bryan puede lograr lo que quiera”, dice Aaron Paul, que interpreta al insólito socio de White, el gandul hip-hopero de

mirada herida Jesse Pinkman. “O sea, hace muchas cosas horribles y los fans se ponen en plan: ¡Venga, Walt! ¡Envenena a ese puto niño! Te estás muriendo de cáncer, lo entiendo”.

Gilligan añade: “Hay personajes principales como Walter White, Tony Soprano o Don Draper, gente que hace cosas cuestionables, pero como son los protagonistas no puedes evitar ver el mundo a través de sus ojos. A veces lo comparo con el síndrome de Estocolmo, por el que el espectador ve las cosas como ellos las ven, lo cual es peligroso cuando hablas de un tío tan jodido como Walter White”.

Con su continua paranoia, *Breaking bad* es como los frenéticos minutos finales de *Uno de los nuestros* alargados durante seis temporadas de televisión. Es un delirio febril sobre una América condenada, aunque pocas pesadillas suelen tener una trama tan bien construida. Su tono es claramente menos naturalista y sus situaciones menos verosímiles que las de otras candidatas a mejor-serie-de-la-historia (*Los Soprano*, *Mad men*, *The wire*). “Estamos obsesionados con conseguir momentos que la gente no olvide pronto”, dice Gilligan, que estuvo siete años como guionista de *Expediente X*. “Y a veces lindan con lo operístico o quizás con lo hiperreal, cuando no lo surrealista. Todo por la teatralidad”.

Se refiere, supuestamente, a la imagen de la némesis de Walt, Gus Fring, ajustándose tranquilamente su corbata con la mitad de la cara volada, o a un peluche morado con un solo ojo flotando en la piscina de Walt, adonde llegó desde un avión estrellado, o a la cabeza decapitada pegada a una tortuga y forrada de explosivos. Es el ADN *pulp* de la serie —y el retorcido sentido del humor de Gilligan— lo que hace que *Breaking bad* sea tan desquiciadamente divertida. “Las dos series comparten algo”, dice el creador de *Expediente X* Chris Carter, que encargó a Gilligan algunos de los episodios más divertidos y raros de la serie. “Ambas empiezan con premisas estrambóticas: ¿un agente de FBI que persigue alienígenas y un profesor de instituto de química que se mete a camello de metanfetamina?”. La metanfetamina está ahí fuera.

En cualquier caso, si Walter White quiere que te subas a una *scooter* sin casco, lo haces. Pasamos por lugares que podrían salir en la serie, y así es con muchos de ellos, como el motel en el que Walter se enteró de que había nacido su hija o el lavado de coches Octopus (Walter y su mujer, Skyler, compraron una franquicia de esta cadena, con el nombre cambiado, para lavar el dinero de la droga). Cranston toma aire cuando nos acercamos a un semáforo. El sol ha desaparecido y el aire es fresco y limpio. “Es una noche preciosa”, dice. La luz se pone verde y Cranston, que durante los 70 pasó dos años de viaje de moto al estilo *Easy rider*, acelera. “¿Qué podría salir mal?”, dice, riéndose, mientras el asfalto pasa a una velocidad cada vez más alarmante.

Antes de este viaje en moto, Gilligan ofreció algunos consejos de seguridad para Albuquerque, aunque no se le ocurrió mencionar esta situación en particular. “Ponte crema para el sol. Te vas a quemar, y si hace tiempo que no has estado a gran altitud te despertarás por la noche y tendrás dificultad para respirar. Cuando te ofrezcan una botella de agua, bébetela. No hay peor dolor de cabeza

que un dolor de cabeza con deshidratación". Hizo un pausa y me miró seriamente: "¡Te puedes morir!". Luego se rió durante un buen rato.

**C**RANSTON CONDUCE SU VESPA SIN PERCANCE hasta un pub irlandés llamado O'Niell's, donde hemos quedado con Aaron Paul para tomar algo. Paul ha acabado esta noche de rodar la temporada, y está listo para celebrarlo: luego iremos a un casino. "Bryan es una nena y no quiere venir. Puedes citarme diciendo eso si quieres", dice Paul, de 32 años, que lleva unos vaqueros y una camiseta verde con la palabra RENTAL [alquiler] estampada (es de una marca que reproduce camisetas que alguna vez llevaron estrellas del rock, en este caso, Frank Zappa). Pese a la diferencia de 24 años, Paul y Cranston son íntimos: están planeando una doble cita con la mujer de Cranston y la prometida de Paul para ver a Sigur Ros en Los Ángeles en agosto.

Se giran varias cabezas según caminamos al patio trasero, que ofrecería una visión de las montañas si no estuviera tan oscuro. El escaso público universitario murmura, todos a una, "Breaking bad": por lo que saben los actores, todos y cada uno de los residentes de Albuquerque ven la serie, que retrata la ciudad como mitad refugio suburbano, mitad infierno de metanfetamina.

Pero algunos se lo toman de manera más personal que otros: pedimos las cervezas a una camarera, pero el que aparece con ellas es un camarero grande con ojos tristes. "Me encanta vuestra serie", dice, dejando las cervezas en la mesa (Paul le pidió a la camarera que le pusiera lo que quisiera "mientras sea buena"; Cranston pidió una Guinness). "Pero no la veo mucho porque soy un exadicto y tengo pesadillas. Llevo limpio cinco años. Vuestra serie es muy verídica en muchas cosas. Aunque un poco azucarada".

"Si no es indiscreción, ¿limpio de qué?", pregunta Paul.

La respuesta es metanfetamina. Cranston le pregunta cómo se desintoxicó.

"Fui a una iglesia cristiana que construye casas en Juárez y estuve evangelizando durante un año. Comí, dormí y bebí Dios. La rehabilitación no funcionó. No me funcionó a mí. Lo que haces es conocer a mejores colegas para drogarte... ¿Queréis unos vasos de agua?".

Luego regresa con la cuenta. "Ha sido increíble conocerlos. ¿Puedo preguntaros si fuisteis a alguna escuela dramática para hacer la serie?".

"Yo aprendí de él", dice Paul.

"A mí me vendieron de bebé a un teatro", dice Cranston.

"Hey, tío, sólo era curiosidad", responde el camarero. "Vuestra serie muestra mucha verdad".

Le dejan al tipo 20 dólares de propina... aunque Cranston no puede evitar una lúgubre broma: "Le estamos dando dinero de metanfetamina".

**U**NA SEMANA ANTES, GILLIGAN ESTÁ SENTADO en el asiento central de la fila de en medio de una sala de proyección de los estudios de Burbank, a 1.200 kilómetros de Albuquerque. Lleva unos vaqueros claros de padre, zapatillas New Balance y una camiseta negra. A él también le podrían coger para hacer de profesor de química de instituto. Hoy está trabajando en el sonido del

segundo episodio de la quinta temporada, dando anotaciones de edición para el episodio tres, a la vez que supervisa a distancia la producción del episodio siete, que se está rodando en Albuquerque. Bajo sus gafas sin montura, sus ojos están ligeramente inyectados en sangre del cansancio. "Me enseñan fotos del vestuario de lo que se va a rodar mañana y yo tengo que decir: 'No me gustan las botas' o lo que sea, y debemos encontrar otras. Es cansado, pero nunca aburrido, porque puedes ser un poco Rey Sol. Hay 300 personas diciendo: '¿Qué piensas de



En rodaje Gilligan ("un obseso total del control") dicta instrucciones a Cranston.

esto?" todo el día, y luego soy como Nerón. Pulgares hacia arriba o hacia abajo".

Gilligan es conocido por su cuidado por el detalle —o, como afirma un miembro del equipo técnico, con cariño, por ser "un obseso total del control"—. Todo el mundo acaba citando el ejemplo del color de las uñas de los pies de Skyler en una escena de la tercera temporada, en la que consume un affaire con su desafortunado jefe, Ted: se ven sus pies en un primer plano en el vaporoso baño de Ted. Gilligan estuvo al menos media hora sopesando el color. Anna Gunn, que hace de Skyler, piensa que le llevó bastante más tiempo. "Si mis uñas salían color rojo putón, en vez de un rosa más dudoso, eso significaría cosas diferentes", cuenta. "Sabía exactamente lo que quería que dijeran esas uñas, y al principio es como: 'Uau, eso sí que es detallista'. Pero luego lo entiendes".

No hace mucho, Gilligan y Holly Rice, su novia desde hace tiempo, cambiaron su baño, y a Rice le pareció que había quedado bien. "En unos cinco minutos, Vince señaló unos diez azulejos que necesitaban recolocarse", recuerda. "Le dije que me sorprendería que no se hubiera hecho relojero".

Gilligan y su equipo, incluyendo al director musical Thomas Golubic y al compositor Dave Porter, se sientan y ven el segundo episodio en silencio en una

enorme pantalla, mientras Gilligan escribe notas torcidas en un cuaderno amarillo. Ahora las está leyendo con su acento sureño, que afirma que se ha suavizado desde que dejó Virginia por Hollywood en los 90. "Buen trabajo como siempre", dice, antes de comenzar con una lista de cambios que tarda tanto en acabar como en ver el episodio completo. Primero alaba y luego elimina con gentileza una pieza compuesta por Porter. "Les decía al público qué emociones sentir, algo que no nos gusta hacer en esta serie", me dice más tarde.

Hay mucho más: varias puertas se cierran haciendo un ruido demasiado fuerte o demasiado flojo; se pueden escuchar pájaros cantando en una escena ("Cuando escucho pájaros me parece que todo es feliz"); el crujido de una cama ("suena un poco a pedo"); dos personajes hablan de matar a gente a un volumen demasiado alto. Su última nota se refiere a una escalofriante escena de sexo entre Walt y Skyler. "Cuando Walt se quita los calzoncillos no oigo nada. ¡Más sonido de calzoncillos quitándose!".

En un momento dado, alguien dice que la mayoría de la gente no se va a dar cuenta de nada de esto, que probablemente nadie tenga el increíble equipo de sonido que hay en esta sala. "Me importa una mierda", dice Gilligan. "Algún día, todo el mundo lo escuchará así, eso es lo que me importa". ("La gente cree que soy más simpático de lo que soy"; dice más tarde. "Lo finjo bastante bien").

**H**AY UN PARÓN PARA CENAR Y GILLIGAN Y YO vamos a otra sala, vacía, para hablar. Gilligan sirve un par de bourbons Maker's Mark y coge un montón de algo frito que describe como buñuelos de maíz. "No como muy bien", dice, "no duermo muy bien. Y probablemente beba un poco más de lo que solía para ayudar a dormirme. O sea, que esa es otra razón por la que esta serie necesita acabar". (Cuando Cranston comenzó a ser productor de *Breaking bad* en la última temporada, se impuso la misión de "proteger a Vince de sí mismo", lo cual significa dejarle fuera de la mayor cantidad posible de decisiones nimias).

Gilligan (45 años) creció en un pequeño pueblo de Virginia: su madre era profesora, su padre perito de seguros. Desde el momento en que vio *La guerra de la galaxias* supo que quería dedicar su vida a hacer películas. Su primer amor fueron los efectos especiales. "Quería diseñar mi propia versión de C-3PO o R2-D2. Durante el instituto me pasaba los fines de semana en casa construyendo naves espaciales y haciendo películas en el sótano, moldeando mi propia cara con escayola con la ayuda de mi hermano pequeño", cuenta. "No fui al baile de graduación, estaba ocupado con esa mierda. Tenía una vida social muy limitada en el instituto, pero supongo que al final mereció la pena".

No era el típico nerd gótico y molón; más bien, era del tipo que se hace su propio uniforme de Spock con un chándal, con su emblema de la Starfleet, e incluso se lo pone para ir al instituto. "Mi instituto molaba, y lo sé porque nadie me pegó nunca. ¡Lo estaba pidiendo a gritos, tío! Alguien debió haberme dado una paliza". Hace una pausa. "Es broma".

También jugaba a *Dragones y mazmorras*, leía mucho a Kurt Vonnegut y Ray Bradbury, y explota-



*Antes y después* Antes de *Breaking bad*, a Cranston se le conocía por *Malcolm in the middle* (izq.). Abajo, con su mujer Robin. Arriba, Paul con su novia Lauren en Coachella.

ba “pequeñas bombas” en su jardín que se escuchaban en todo el vecindario: “El tipo de historias por las que ahora te ponen una bolsa en la cabeza y te mandan a Guantánamo”. Entró en la escuela de cine de la New York University con una solicitud en la que incluyó una película que había rodado llamada *Henassance*, que contaba la historia de un hombre que lentamente se transforma en pollo. “¿Siempre ese tema de la transformación!”, dice.

En la universidad por fin se tomó una o dos copas y tuvo un par de citas. También vendió el primer guión de largometraje que escribió, *Todo queda en casa* (1998), que se convirtió en una película mediocre de Drew Barrymore. “Básicamente, cometí el error de pensar: ‘Estoy dentro, tío. A partir de ahora todo va a ser miel sobre hojuelas. Ni siquiera tengo que trabajar muy duro. Estoy ganando más dinero con los guiones de lo que jamás hubiera soñado’”, dice. Haciendo caso del consejo bienintencionado de que mudarse a California destrozaría su distintiva perspectiva regional, se compró una casa a 45 minutos de Richmond, Virginia... y pronto comenzó a estancarse.

Existía más riesgo de ponerse gordo que de volverse malo [juego de palabras entre las expresiones “breaking bad” y “breaking fat”]. “Era como *El resplandor*, especialmente en invierno. Me quedé aislado por la nieve una o dos veces, y si hubiera sido más dinámico habría estado bien, porque hubiera acabado todo tipo de trabajos. Podría haber escrito todo el día si hubiera querido, pero escogí jugar a videojuegos, comer Cheetos y perder el tiempo”. Escribió un par de películas —incluyendo lo que se convertiría en *Hancock*, de Will Smith— pero los estudios se las cargaron y las ofertas dejaron de llegar. El trabajo de *Expediente X* le salvó.

Estuvo siete productivos años en la serie, y también creó *Los tiradores solitarios* (2001), un spin-off fallido. Su carrera volvió a estancarse y no es difícil ver algo autobiográfico en la promesa frustrada de Walter White, que pasó de trabajar a nivel de premio Nobel a enseñar en un instituto.

Pero aún le cuesta creer que alguien comprara la idea de *Breaking bad*. “Una serie sobre un hombre de mediana edad que se está muriendo de cáncer y se dedica a cocinar metanfetamina. Me dio por pensar en *Los productores* y en la obra que montan para perder dinero. En retrospectiva, no creo que pueda haber peor idea para una serie de TV que *Breaking bad*, a no ser que estés tratando de fracasar”.

**D**E VUELTA EN ALBUQUERQUE, AARON PAUL SE acerca a una mesa de dados y saca un gordo fajito de billetes de 100 dólares, que se hará ligeramente más gordo antes de que acabe la noche, gracias a su aparentemente inacabable racha de buena suerte. “Hola, Aaron”, dice el croupier. Paul es cliente habitual en el Sandía Casino, un enorme resort en la falda de una montaña cuyos guñones hacia la cultura de los indios Pueblo, sus propietarios, se reducen a vagos intentos para que los suelos de mármol y las columnas parezcan hechas de adobe.

“Me encanta este casino”, dice Paul, al que le encanta jugar, en general. “Me iba muy bien jugando póker online. Podría haberme retirado de actuar”. Nunca se le fue de las manos. “Tuve mis fases. No me considero un ludópata loco. Tal vez lo fui en un momento. Sí perdí más de lo que había pensado perder. Luego paré y supe cuál era mi límite, y ahora vengo al casino y conozco mi límite”.

Es noche de karaoke en el bar, y vemos a un señor con pantalones de cazador y visera que se parece mucho al humorista Larry the Cable Guy destrozar

*Ice ice baby*. Paul decide rápidamente que debemos participar: “Tenemos que hacer esa canción de los Beatles... ‘Love, love, love’. Empieza con ‘all you need is love’, no sé cómo se llama”. Le convengo para hacer *Twist and shout* y se lo curra, ladrando las letras al estilo death-metal, mientras una docena de clientes mayores se reúnen en la brillante pista de baile de madera para disfrutar de nuestra actuación con un inquietante entusiasmo. (Al día siguiente, alguien le enseña un vídeo de la canción a Cranston en un iPhone: “Qué cantidad de gritos”, dice).

Nos volvemos a sentar y empiezan a llegar tíos tatuados con camisetas de calaveras de Ed Hardy. Paul es siempre cortés con ellos, incluso cuando los mismos tipos se acercan más de una vez. Se hacen fotos con él, se ofrecen para interpretar papeles en la serie, le piden que cocine algo de metanfetamina azul y repiten frases de Jesse Pinkman. “Eres un tío de puta madre”, dice un fan: “No eres nada engreído”.

Paul no es nada engreído. Aunque su característica voz —nasal y enfática en algunas palabras— recuerda a Jesse Pinkman, sus llamativos ojos azul pálido irradian franqueza y resulta casi increíblemente dulce al hablar de su relación con Lauren, su prometida: se besaron por primera vez en la noria de Coachella; cada uno se tatuó el electrocardiograma del otro. “Le digo que debemos tener unos 12 niños. Hagámoslo”.

Los valores familiares le vienen de genética a Paul, que creció en un pequeño pueblo de Idaho, donde era el hijo de un pastor baptista. Sus padres eran, y son, cariñosos y le apoyaron, aunque con algunas reglas estrictas. “No me dejaban ver *Los Simpson*”, dice: “Como mi padre era el pastor, todas las semanas debía memorizar párrafos de las Escrituras para el grupo juvenil. Mucha gente es religiosa pero no han leído la Biblia. Yo la he leído de cabo a rabo muchas veces, y es una pasada, como leer una novela de ciencia-ficción”. Paul no está del todo seguro de lo que cree ahora: “¿Sé lo que hay exactamente ahí arriba? No. ¿Creo que si haces algo malo vas a arder en el infierno para siempre? ¿No 1.000 años, sino un billón de años? Para nada”. ¿Y qué pasa con Walter White? ¿No merece ir al infierno? “Pensarías que sí, pero no lo sé”.

A Paul le costó un tiempo superar su educación, incluso tras mudarse solo a Hollywood a los 17 años (tuvo múltiples trabajos en Idaho para ahorrar, incluyendo dos curros de mascota de radio, una de ellas un pajarraco gigante, la otra una rana gigante vestida como Garth Brooks). “No decía palabrotas hasta los veintitantos”, cuenta. También perdió su virginidad a una edad tardía, según sus cálculos, pero me pide que no escriba esa historia.

Aunque el personaje que interpreta lleva a la gente a pensar que Paul está siempre colocado, nunca ha tenido problemas con las drogas. Sí tuvo una novia adicta a la *meta* hace años, lo cual le sirve para la serie. “Pasó de la cocaína a la metanfetamina, que se agarró con uñas y dientes a su alma y lentamente se la arrancó. Era un ser maravilloso convertido en un caparazón vacío”.

Sí se sabe que fuma marihuana. “La primera vez que me pegó fue un Halloween, me comí una fuente entera de chokolatinas y no podía parar de reír. Fue increíble”, dice. “Ahora raramente fumo”. Tie-

ne un carnet de marihuana medicinal, que dice usar de hecho sólo para propósitos medicinales: “Si voy al dentista, pillo una bolsita. Estoy contra las pastillas. Ni siquiera tomo Advil [una popular marca de ibuprofeno]. Creo que la *maría* debería estar legalizada al 100%”.

Se suponía que Jesse Pinkman no iba a sobrevivir a la primera temporada, pero la actuación de Paul hizo inconcebible que lo mataran. “Me sorprendió que Aaron fuera capaz de transformar a un tipo que es un fracasado escolar, un drogadicto, un camello... en un tío por el que acabas preocupándote. Dice mucho de él”, cuenta Cranston.

A diferencia de Cranston, que sigue trabajando con profesores de actuación, Paul es un actor puramente instintivo, sin formación... que no obstante ha ganado un Emmy. Así que no es sorprendente que sus representantes le vean como una potencial estrella del cine. “No paro de pelearme con mis agentes, les digo que soy un actor de carácter”, cuenta Paul, que está hablando con HBO de protagonizar una serie tras *Breaking bad* llamada *The missionary*. “No tengo ningún interés en ser una superestrella. Quiero tener un poco de vida privada”.

**C**UANDO BRYAN CRANSTON ERA UN CHAVAL, VIO cómo un saltamontes gigante se comía a su padre. Los padres de Cranston se conocieron en clase de arte dramático en 1948, y trabajaron durante años en el mundo del espectáculo, con resultados muy desiguales. Como el Walter pre-Heisenberg, su estatus fluctuaba a menudo: un año se construían una piscina, al siguiente no tenían dinero para llenarla, o debían cambiar un coche nuevo por uno más viejo. El padre de Cranston, Joe, se pasó años persiguiendo el sueño de ser una estrella del cine, pero acabó actuando en televisión y con pequeños papeles en películas de serie B como *Beginning of the end*, la del ataque de los saltamontes. “Aprendí a no intentar conseguir algo como el estrellato”, observa Cranston, sentado en el sofá del salón de la familia White. “Mi padre persiguió esa meta, y cuando no lo consigues piensas que has fracasado. Así que mi objetivo era ganarme la vida actuando. Esa es mi victoria”.

Cranston está lejos de ser un actor del método: entre escena y escena canta, vacila a sus compañeros, saluda a los visitantes, y luego se pone frente a la cámara y escarba en las más oscuras profundidades de su personaje. “Se pone el puto sombrero negro y es Heisenberg”, dice Dean Norris, que hace de Hank, cuñado de Walt y agente de la DEA.

Para Cranston, la ira de Walter White es muy real, y parte de ella viene de sus problemas con sus padres, que se divorciaron cuando él era pequeño. Su casa fue embargada y él y sus hermanos se fueron a vivir con sus abuelos. “No había dinero”, dice por la noche en el bar de la azotea de un hotel,

mientras suena de fondo Frank Sinatra. “Había problemas de alcohol y vidas rotas. Fue feo. No vi a mi padre durante 10 años”.

“Tengo algunas problemas de ira que tienen que ver con mis padres”. A veces emergen cuando hace ejercicio. “Me voy a correr y me siento bien, como ahora. Pero empiezo a correr y es como ‘¡HIJODEPUTA, arrrgh!’. Es como si tuviera un demonio dentro y se escapara”.

De adolescente, Cranston no sabía qué hacer con su vida, así que siguió los pasos de su hermano, que se había apuntado a un grupo juvenil de la academia de policía. Cranston iba para policía cuando a los 19 años las chicas le llevaron a las clases de arte dramático. “Me dije: ‘Mujeres. En eso es en lo que quiero

ser experto’. Así que las hormonas de un chaval de 19 años básicamente dictaron lo que iba a ser de adulto. Increíble”.

El grupo de la policía tuvo otros beneficios: después de contarle a Cranston que Paul se arrepintió de revelarme cómo perdió su virginidad, se ofrece a superarlo: cuando Cranston tenía 16 años, se fue con sus colegas

de la academia de viaje por Europa. Amsterdam fue una revelación. “La cerveza cuesta nada y las putas son baratas: eran 24 florines, unos ocho dólares de entonces, creo. Todos escribíamos a nuestros padres pidiendo más dinero. ‘¡Lo estamos pasando muy bien, mamá y papá! Mandad más dinero, por favor. ¡Prometemos devolverlo! ¡Tenemos que proteger a los ciudadanos de las putas!’”.

Tras varios trabajos-basura, se pasó dos años de viaje en moto con su hermano, una etapa que parece merecer una película (se unían a feriantes y circos, viajando de ciudad en ciudad). Se casó pronto, pero se dio cuenta de que no estaba listo para sentar la cabeza y comenzó a tratar de ser actor. Su primer gran papel le llegó con un culebrón a los 26, pero no alcanzó la fama hasta que hizo de Hal, el padre tontorrón de *Malcolm in the middle*, a los 42 años. Así que no se desmadró con el éxito. “La única droga que he probado es la marihuana. Y me da sueño”.

La actuación más importante de la vida de Cranston resultó llegar en un episodio de la sexta temporada de *Expediente X* en el que hacía de un repulsivo fanático que era víctima de un experimento de la Marina por el que moriría si dejaba de conducir a cierta velocidad. Vince Gilligan escribió ese episodio, y nunca olvidó cómo le impresionó la habilidad de Cranston para conseguir que un personaje repugnante resultara simpático. No dejó que seis años de *Malcolm in the middle* le disuadieran de poner a Cranston como estrella de *Breaking bad*. “Pero Sony y AMC [productoras de la serie] no estaban convencidos, porque Walter White no era Hal, de *Malcolm in the middle*”. Les dijo que tenía una oferta para otro piloto en la Fox (en el que haría de médico) y está convencido de que eso hizo que los ejecutivos del canal se decidieran.

**H**AY UNA CABINA HECHA POLVO AL LADO DE uno de los sets de rodaje de esta temporada en Albuquerque, y Aaron Paul ha tuitado su número para sus fans, respondiendo a las llamadas entre escenas. En una tarde sofocante está atendiendo una llamada, inventándose finales para la serie. “Jesse muere al final”, dice, guiñando los ojos por el sol. “No se lo digas a nadie. Se le queda la cabeza atascada en la puerta de una caravana y se la arrancan. Luego Walt funde su cuerpo y lo usa para una nueva fórmula de metanfetamina. También decide convertirse en canibal y se come el cuerpo”.

Paul se despidió y da una palmada de alegría. “El tío estaba en plan, ‘¿En serio? ¡No! Creía que Jesse iba a morir de una forma más épica que esa’. Sólo restan ocho episodios—que se rodarán a partir de noviembre o diciembre—y todo el mundo está pensando en el final. Nadie sabe cómo acabará, ni siquiera Gilligan, que se queda impresionado al saber que el creador de *Mad men* ya sabe cuál será la última escena de la serie. “Intentamos ser Bobby Fischer, jugando al ajedrez”, dice. “Tratamos de pensar varias jugadas por delante. Pero a veces eso puede ser una trampa, porque los mejores relatos son muy orgánicos”.

La última temporada, supongo, volverá al futuro que se ve en el primer episodio de este temporada, en el que un Walt exiliado vuelve, fuertemente armado, a Albuquerque. Esa escena ha sido tal vez la única vez en que Cranston ha pedido información que no estaba en el guión. “Le hice a Vince una serie de preguntas: ¿Estoy solo? Sí. ¿Por qué vuelvo a Albuquerque? Vuelves porque necesitas proteger a alguien, me dijo. Vale, ¿ha vuelto el cáncer? No me lo respondió del todo. Dijo que posiblemente”.

Gilligan está preocupado por el final, y no sólo por estar a la altura de lo que esperan los fans. “Temo el día en que esto se acabe”, dice. “Me da mucho miedo que este sea el punto álgido de mi carrera. Es mejor ser Clint Eastwood que Orson Welles. Aunque, joder!, firmaría ser Orson Welles ya mismo”.

Muchos de los actores tienen sus propias esperanzas y miedos. “Si Jesse acaba muriendo”, dice Paul, “espero que no le disparen por la espalda. ¡Espero que muera disparando!”. Dean Norris espera un gran enfrentamiento final con Walt, algo altamente probable. Y Bob Odenkirk, que hace del abogado Saul Goodman, simplemente quiere que su personaje sobreviviera, pues así tendrá su oportunidad en un spin-off que Gilligan le ha sugerido medio en serio.

Durante mucho tiempo, Cranston esperaba que su personaje muriera, una predicción razonable para un personaje con cáncer terminal. “Pero luego pensé que no me sorprendería si el tío que está removiendo toda esta mierda, el vengador tóxico, sobreviviera. ¡El tío que debe morir no lo hace!”.

Si hay algo que nadie espera, es un final feliz. “No va a ser un cuento de hadas”, opina Paul, bebiendo su cerveza en el bar irlandés. “Pero sé que llegará el momento en el que no me volveré a meter en esta piel, y quiero mucho a Jesse. De verdad”.

Cranston rompe la solemnidad: “Yo, al final, lo único que quiero es perder de visita a estos gilipollas”.

“Dice eso porque está sufriendo mucho por dentro”, responde Paul.

Cranston sonríe, y no se parece nada a Walter White. “No”, dice, “no sufro”. ☘